

LA LIBERTAD DE TOMAS MORO*

La mayoría de la gente comprendería la afirmación de que la inteligencia de Tomás Moro era como un diamante que un tirano lanzó en una zanja en vista de que no pudo tallarlo. Esta no es más que una metáfora, pero en ocasiones una metáfora puede ser tan poliédrica como un diamante. Lo que espantó al tirano fue la claridad de aquella inteligencia. Ese intelecto era el opuesto exacto de un cristal deslucido que contenga sólo sueños o espejismos opacos referidos al pasado. El rey y el alto magistrado fueron compañeros además de contemporáneos. Desde muchos puntos de vista, los dos eran hombres renacentistas. Pero, en muchos aspectos, el que resultó más católico era el menos medieval de los dos. Es decir, existía un fuerte elemento de aquel anticuado residuo de medievalismo decadente en los Tudor, que los verdaderos reformadores del Renacimiento consideraban como el factor corruptor del período en que vivían.

La inteligencia de Moro consistía en la claridad; la mentalidad del rey Enrique, en cambio, pese a que el monarca no era ignorante ni protestante, estaba, sin embargo, imbuida de un conservadurismo poco claro. Como muchos otros anglocatólicos dignos de mención, tenía la inclinación de un anticuario. Tomás Moro era más racional y éste es el motivo por el cual su religión no se restringía a algo estrictamente local, y por ende no era meramente observante. La inteligencia de Moro era como un diamante que podía cortar el vidrio, y cortando cosas que parecían muy transparentes descubría que allí había algunas menos sólidas y menos poliédricas. En lo que respecta a las herejías de cierto relieve, parecen ser muy claras: como el calvinismo entonces y el comunismo hoy. Parecen incluso a veces corresponder a verdades y en ocasiones son verdaderas, en el sentido limitando en el cual una verdad no es la Verdad. Son simultáneamente más sutiles y más frágiles que el diamante. En lo que concierne a la herejía, no se trata simplemente de una mentira, como lo recordaba el propio Tomás Moro: "Nunca ha habido un hereje que dijera sólo mentiras". La herejía es aquella verdad que resta importancia a todas las otras verdades. La inteligencia de Tomás Moro estaba llena de luz, como una casa hecha de vitrales, pero con vitrales que miran en todas direcciones y desde todos los lados. Podemos decir que tal como una joya tiene muchas facetas, del mismo modo en este hombre se distinguían muchos aspectos, ninguno de los cuales era una máscara.

*Con ocasión de los 460 años de su muerte.

De lo anterior podemos deducir que en su vida había tantos elementos que resulta difícil aborarlos en un escrito sin realizar una selección en el ámbito de una historia tan compleja como la de él. Mi tentativa podría fracasar y yo podría pasar por alto aquellos componentes más sublimes, esa santidad que trascendió a la beatitud. También es posible que me ocupe exclusivamente de esos juegos sin la pretensión que los grandes humoristas nos ofrecen para alegrarnos el diario vivir. Al respecto, cabe señalar que quizás el juego más significativo de Tomás Moro sea aquel libro titulado *Utopía*. Los utopistas del siglo XIX imitaron esa obra pero sin llegar a comprender su lado lúdico. No obstante, entre un conjunto tan vasto de argumentos y facetas, algunas muy diversas, me decidí a tratar sólo dos aspectos, no porque sean las verdades más importantes acerca de Tomás Moro, si bien tienen realmente mucha importancia, sino porque son dos de las verdades más importantes que dicen relación con el mundo actual. Una se refiere principalmente a su muerte, la otra a su vida. Podríamos decir asimismo que una de ellas se relaciona con su vida pública mientras que la otra con su vida privada. Una concita toda admiración posible; la otra puede parecer, en comparación, un sentimentalismo casi cómico. Pero una da precisamente en el clavo en lo relativo a los debates actuales referidos al Estado, al tiempo que la otra alude a la familia.

Tomás Moro murió como un traidor por haber desconfiado de la monarquía absolutista, vale decir de aquella monarquía que se considera el absoluto. Estaba dispuesto y convencido a respetarla como a una realidad relativa, no absoluta. La herejía que se propagaba en el período que a él le tocó vivir se llamaba monarquía por derecho divino. En esta modalidad se la considera hoy como una superstición superada. Pero está volviendo a manifestarse como una nueva forma de superstición: la dictadura por derecho divino. Sin embargo, la mayoría de las personas la considera todavía como algo viejo, y casi todos piensan que es mucho más antigua de lo que en realidad es. Una de las principales dificultades que enfrentamos hoy consiste en explicar a la gente que esta idea no nació en la Edad Media o en la Antigüedad. La gente sabe que los controles constitucionales que reglamentan su relación con el rey han aumentado desde hace unos dos siglos hasta nuestros días. No se da cuenta de que podrían subsistir también otros tipos de controles. Y con el cambio de escenario, dichos controles no son fáciles de describir o imaginar. Pero es un hecho que para la mayoría de los hombres de la Edad Media el rey gobernaba *sub Deo et lege*, vale decir “sometido a Dios y a la ley”, y además inserto en un ambiente que lo obligaba a reinar “sujeto a aquellas reglas morales propias de todas las instituciones”. Los monarcas eran

excomulgados, depuestos, asesinados, tratados de todas las maneras concebibles e inconcebibles. Pero nadie pensaba que el Estado en su totalidad debía sucumbir con el soberano, o que sólo éste detentaba la autoridad máxima. El Estado no contaba con un poder tan absoluto sobre los individuos, aunque podía mandarlos a la hoguera con la misma facilidad con que hoy puede mandarlos a veces a la escuela primaria. Había un lugar en el cual uno podía refugiarse, el que en general era considerado sagrado. En suma, aunque en modalidades que podrían parecernos extravagantes y oscuras, había una posibilidad de evasión hacia lo alto. Había límites al César y existía la libertad con Dios.

VIDA PUBLICA Y VIDA PRIVADA

El más alto magisterio de la Iglesia ha proclamado que este héroe fue un santo y un mártir, en el sentido propio y tradicional del término. Y es oportuno recordar que pertenece, por una razón muy especial, a aquella categoría de primeros mártires de la Iglesia cuya sangre, derramada como resultado de las persecuciones de los paganos, se transforma en la "semilla" (Mt 13, 23). La mayoría de ellos murieron porque se negaron a colocar la fidelidad a la autoridad civil en el mismo plano de una idolatría religiosa. La mayor parte de ellos no murieron tanto por no haber venerado a Mercurio, Venus o cualquier otro personaje legendario que probablemente nunca existió, o bien a Moloc o Priapo, que ojalá no hayan existido nunca. La mayoría murió porque se negaron a venerar a una persona que gozaba de existencia real, personas que estaban dispuestas a obedecer, pero no a venerar.

El martirio más común está relacionado con la cuestión de ofrendar incienso a la estatua del divino Augusto, la imagen sacra del emperador. No es que se tratara de un demonio que había que destruir: era simplemente un déspota que no podía ser tenido por una divinidad. Este es un caso que se asemeja muchísimo al problema concreto de Tomás Moro, y que se parece aún más a la veneración con que hoy se trata al Estado. Y es una constante en el pensamiento católico el que los creyentes mueran en medio de tormentos no tanto porque sus enemigos "decían sólo mentiras", sino porque se negaban a venerar irracionalmente a alguien a quien preferían respetar racionalmente. Para nosotros el problema del progreso siempre es el problema de la justa medida: progresar es alcanzar la justa medida, y no sencillamente moverse en cierta dirección. Todas nuestras dudas sobre los progresos de la modernidad, sobre el socialismo de la generación pasada o sobre el fascismo de esta generación no derivan de que pongamos en tela de

juicio la voluntad de hacer justicia económica o de imponer orden al país, lo mismo que Tomás Moro no cuestionaba el derecho hereditario de los reyes. Lo que él refutaba era el derecho divino de los soberanos.

Él fue por lo tanto en el sentido más profundo del término un defensor de la libertad en su vida pública y aun más en su muerte pública. En su vida privada encarnó una verdad que no se cultiva en nuestros días: la verdad que enseña que el lugar de la libertad es la casa. Las novelas modernas, los diarios, los dramas de tesis se han confabulado para esconder bajo un único y enorme montón de inmundicia este hecho tan simple. Sin embargo, es algo que se puede demostrar sin dificultad. La vida pública debe ser en cambio un poco más reglamentada que la privada: una persona no puede moverse en el tránsito del centro de Londres como si estuviera en el jardín de su casa. Donde haya tránsito existirá una reglamentación. Y esto vale también, sobre todo, donde se pueda encontrar lo que podemos llamar un tránsito ilícito: me refiero a los programas de esterilización que llevan a cabo los gobiernos actuales, que mañana podrían desembocar en un infanticidio organizado. Los que creen que el Estado siempre está del lado de la verdad no tendrán inconvenientes para aprobar estas políticas. Si los individuos pueden tener la confianza en que podrán proteger su libertad, deben defender su vida familiar. Siempre será mejor para un individuo adaptarse al clima familiar que al campo de concentración. Siempre encontraremos más monotonía en una fábrica que en una familia. En toda familia sana que se respete, suele influir en las reglas un aspecto que no debilitaría a las leyes establecidas. Nos referimos a esa realidad que llamamos sentido del humor.

Así, Tomás Moro es muy importante también como humorista, como representante de esa fase particular del humanismo. Aparte de su vida pública, que fue tan trágica y magnífica, había una vida privada que era una comedia continua. Tomás Moro era, como cuenta Christopher Hollis en un brillante ensayo, un "bromista incorregible". Todos sabemos, naturalmente, que la comedia y la tragedia se tocan en Shakespeare en aquel escenario de tablas en que se representaban sus dramas. Llegado el terrible momento Tomás Moro se dio cuenta de la gran ridiculez del cuerpo humano, que le pareció un fierro viejo al que nos sentimos apegados, y se preguntó con mucha seriedad si su barba había cometido traición y, mientras lo hacían subir la escalera del cadalso, dijo: "Aseguráos de que suba con seguridad, de bajar me encargaré yo".

Pero nunca bajaría por aquella escalera. Había concluido sus descensos, y lo que él era se desvaneció ante los ojos de los hombres, como había ocurrido con su Maestro, que al haber sido llevado a lo alto atrajo a Él

a todas las gentes. Y la oscuridad lo circundó y se elevó hasta las nubes. Hasta que, mucho tiempo después, la sabiduría que logró descifrar aquellos signos lo vio izarse muy por encima de nuestro firmamento, como una estrella que regresa, e instituyó su morada en los cielos.

GILBERT K. CHESTERTON